

HOMBRES Y ANIMALES



QUEL vizconde de Santa Paz, figura central de la novela de José Luis de Vilallonga "Les gens de bien", se parecería al príncipe Fabricio, de "El Gatopardo", si no hubiera pasado por la "belle époque" y por el "Contrato Social". En ambos está viva su condición de descendientes de sesenta generaciones, su filiación en el Gotha y la exigencia íntima y social de sus blasones. Pero a diferencia de Fabricio, el vizconde es un racionalista y un epicúreo. Cuando se retira a su palacio de San Felú, maltrato por el champaña, las mujeres y las lecturas, el vizconde no considera, como su paralelo siciliano, dolorosa y triste la muerte que se acerca; la muerte le parece simplemente irritante. Sus servidores y parientes logran, después de largas y abnegadas presiones, convencerle de que los auxilios de la Naturaleza no lograrán por sí mismos vencer la dolencia que le tiene postrado y que son necesarios apoyos exteriores para aliviar su mal. Se habla de llamar al médico, pero el vizconde se enfurece: "¿No soy acaso un animal? Aunque racional, soy un animal, como vosotros, como todos. ¡Nada de médicos!". Así, pues, los afligidos sirvientes se deciden al fin a llamar al veterinario.

La escena es pintoresca. El aturrido veterinario ausculta al enfermo, le toma el pulso y le pregunta que cómo se siente. El enfermo se sobresalta con un ataque de ira: "¿Que cómo me encuentro? ¿Le pregunta usted a un caballo o a un mulo que cómo se encuentra? Lo que tiene que hacer es curarme sin preguntar". "Bien, Excelencia: en este caso, ¿tiene la bondad de saltar de la cama y dar un par de vueltas por la habitación..., pero al trote?".

El viejo vizconde de la ficción literaria de Vilallonga es un prototipo del tiempo en que la Genética y la Biología eran especulaciones filosóficas y sociológicas y en que iba a tardar en manifestarse la realidad de la psiquis y de la medicina psicosomática. El vizconde era un progresista. La Naturaleza, siguiendo a Rousseau, era la única maestra de la vida. El caballo era el "noble bruto" y el perro el "mejor amigo del hombre". ¿No fue Argos, el perro, quien únicamente reconoció a Ulises al retorno de su largo viaje? El hombre era capaz de traición, de doblez, de engaño. El animal sólo daña para comer, pero el hombre...

De una parte de esa filosofía deben de participar todavía una buena parte de aquellos que se han escandalizado esta semana por la fotografía del Presidente Johnson que isaba a uno de sus pequeños perros de caza cogiéndole por las orejas. Esta fotografía es hoy un borrón publicitario en la campaña electoral del Presidente, mucho más de lo que pudiera llegar a serlo un discurso poco afortunado. Porque después de publicada la fotografía, las asociaciones de protección a los animales, los gremios de veterinarios, las agrupaciones de amigos de los perros han elevado al unísono sus protestas contra este trato calificado de inhumano. Docenas de gentes han telefonado a la Casa Blanca durante varios días. En la televisión, el senador Everett Dirksen, jefe de la oposición republicana en el Senado, ha asegurado que jamás él sería capaz de hacer cosa semejante con su perro. El "Daily News" estima que el incidente es inexcusable "y podría costar al Presidente Johnson los votos de millones de amigos de los animales". Por su parte, el "New York Herald Tribune" ha escrito irónicamente que el Presidente "ha olvidado por un momento que se trataba de perros; que seguramente creía que se trataba de senadores".

La pequeña tormenta ha sido, en parte, paliada por el propio Presidente. Afirmó ante un grupo de auxiliares femeninas del Ejército que había tirado de las orejas a sus perros a sus requerimientos del fotógrafo y que el periodista había aprovechado la ocasión para tildarle de "inhumano". El fotógrafo aludido ha esquivado la cuestión. "Yo no soy inhumano", se defiende el Presidente. "Los perritos han aullado de dolor, naturalmente, pero eso es lo que yo pretendía, ya que el aullar es sano para ellos cuando tienen esa edad."

Prescindiendo de las razones que tuviera el Presidente Johnson para tirar de las orejas a sus perritos, lo cierto es que la anécdota ilustra sobre la sensibilidad exacerbada de grandes zonas de opinión, no sólo en los Estados Unidos, sino en todo el mundo occidental, respecto al dolor ajeno... sobre todo cuando se trata de animales. Para el vizconde de la narración de Vilallonga, el hombre era un animal con ciertos privilegios, de los que él no quería personalmente usar. Para aquellos a quienes ha mortificado el tirón de orejas a "Ella" y "EP", perritos del Presidente Johnson, el animal, en cambio, es casi un hombre.

En nuestras plazas de toros hemos visto a veces aplaudir la acometividad de los toros como una exteriorización del sentimiento oculto que tienen algunos espectadores, sobre todo turistas, de que el que lleva razón es el toro. No queremos entrar en este delicadísimo tema, tan debatido. Pero nos parece que también el hombre está emplazado, y que no es cosa de tomar partido en favor de uno o de otro.

No hay ninguna objeción sustancial que formular a los que creen que los animales son un poco nuestros semejantes. En esto coinciden, aunque por caminos y consideraciones distintos, el vizconde descrito por José Luis de Vilallonga y San Francisco de Asís, el Poverello. Las ancianas señoras que elaboran una especie de fundas de punto para cubrir en invierno los cuerpos de sus perritos participan a la vez de los escrúpulos del racionalista y de los fervores del Santo. Pero es que entonces hay que ser consecuentes con toda especie de beneficencia. Y nos tememos que los mismos seres que ponen el grito en el cielo porque el Presidente Johnson, en un arranque espontáneo, haya agarrado a sus perritos por las orejas, son los que llenan una parte de las butacas de los cines, en todo el mundo, donde se muestra en horrorosas batallas contra los indios la más singular matanza de caballos, esos caballos de los westerns a los que se hace desnucar con el pretexto de un plano feliz y realista; caballos capaces de toda suerte de cabriolas mortales, los cuales, a diferencia del sufrido y tambaleante caballo de nuestras corridas de toros, están plenos de salud y merecerían vivir todavía muchos años.

los últimos caballos

¿No será el gesto del Presidente Johnson, ese tirón de orejas a los perros, un rudo pero inocente deslizo hacia los seres vivos, contra el alud de la estadística, de la automatización, del papel talaadrado de las máquinas automáticas, del papel timbrado de las instancias y de los impuestos? ¿O será, acaso, un cariñoso abuso de discriminación racional, sin el cual el hombre, para ser curado de sus males, no tendría más remedio que dar por la alcoba unas vueltas, pero al trote? Lo cierto es que a nosotros, que no estamos ni a favor ni en contra de las demás especies, no nos ha parecido tal mal la espontánea agarradura por las orejas. Cuando todo se nos convierte en fabulosa máquina, debe de producir un cierto respiro el tirón de las orejas de un ser vivo con las manos sólo habituadas, antes, a pulsar un botón o a echar timbrazos.

Los seres vivos ya van a quedar como reliquias, en un mundo mecánico y automático. Leemos que en la demarcación de Cartigny, cantón de Ginebra, sólo cuatro caballos han acudido a pasar este año la revista militar. No son sólo historia los libros de Caballería, sino la caballería misma. Esos cuatro supervivientes de las antiguas glorias bélicas que configuraron la historia de Europa hasta la guerra del catore, han huido del cuadro de las Lanzas para pastar y engordar abúlicamente en las praderas suizas. Con melancolía anota un periodista suizo ante este hecho que, hoy día, esos caballos no sirven más que para los entierros rurales. Aún se ve en algunos pueblos, sobre todo en los Alpes y en el centro de Europa, ese tipo de entierro decimonónico con lacayos a la federica, deslustrados y anacrónicos en mitad de la campiña. Declinante y simbólico sino de una especie que enaltecieron los príncipes y las Cruzadas y de la que, paradójicamente, sólo queda constancia viva en los westerns.

Desconcertante episodio, el del Presidente Johnson y el de sus perritos "EP" y "Ella". Lamentable para las pudibundas miradas de los partidarios del trato público convencional y sin ímpetus, tan característicos de nuestra época. Pero, si ha desaparecido sin saber cómo la caballería, ¿qué piensan que puede agarrar hoy por las orejas un dirigente del mundo: un helicóptero?